
Guillermo Sucre

(ALGUNAS) TRANSPARENCIAS

No bañado sino penetrado por la luz. No lo que nos refleja, sino lo que vemos. El cristal, no el espejo: una imagen vista sin través: nítida, pura, absoluta en sí misma, sin destello. Una imagen que es imagen. Un rostro que es un rostro— sobre todo por sus ojos, por su mirada.

El agua, el aire, el cielo —cuando la luz abre en él un espacio, cualquiera sea la estación; la copa —si alta y no muy densa, balancéandose, mejor, más remotamente— de los árboles; grandes redes esparciéndose, circulares, sobre la superficie atardecida de un río; la ciudad, el rincón de una ciudad —calle de piedra y musgo o enladrillada, el ramaje sobre los muros de un solar, la brisa incipiente— surgiendo en el amanecer y nosotros despertando. Materia que es materia. Imágenes, no símbolos.

Te recuerdo, otoño, en estas hojas que van cubriendo el jardín de la casa. Por días, el sol las reseca o las ablanda la lluvia. Se disuelven y vuelven a la tierra, sin que tú, otoño, desates el torbellino de tu luz extática, la inminencia de lo que arrasa. No puedo olerte, otoño, no puedo seguir tu ritmo, el desarraigo de tu cuerpo amarillo y aéreo. No puedo decir: ahora es otoño y nos espera la larga prueba de la purificación, de la desposesión. Pero aun puedo amarte más. El caobo es ahora más delicado: veo desde lo desnudo dibujarse un tapiz con pequeñas manchas solares.

El tiempo es una ráfaga. Es también una hoja sus-

pendida entre el verano y el otoño, que nunca veremos caer. La respiración en vilo no admite arrebatos ni memoria. Somos lo que es el animal sobre la tierra: la costumbre de ir devorándose en su propia piel. La luz nos frota como la arena en una playa donde nos vamos quedando solos. Con el mar y la noche. El viento. La sal que secretamente se extiende.

(homenaje a V. H.)

callar: el sol atraviesa el follaje
sin dejar caer una sola hoja
del árbol del lenguaje

(homenaje a J. L. L.)

Amaba la letra y ésta le correspondía
en el curso de las estaciones iba grabando
el cambiante esplendor del mundo
lo cotidiano se le tornaba absoluto: la innumerable
fiesta de lo numerable
desterrado, no enterrado
en el único libro que siempre escribía
con cifras desenterradas
respiraba entre estalactitas nocturnas
la otra respiración la iluminación
de la tierra prometida
yo hablo desde la muerte y el manuscrito
disuelto en una inundación de La Habana
de oppiano licario.